

RIENZI,

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

CAPÍTULO II.

El mayor consejero es aquel cuyo corazón y cuyos intereses están ligados á los nuestros. El viento agita la ténue paja. ¿Es este un presagio de la tempestad?



RA mas tarde que de costumbre cuando Rienzi se retiró de su tribunal para volver á sus aposentos. Al atravesar la sala de recepcion, su rostro inflamado, sus labios comprimidos, anunciaban á un hombre que ha tomado una resolucion, de la cual no quiere apartarse, y su cavilosa frente presentaba ese aspecto severo, formidable, que se notaba en él como señal de una cólera, tanto mas violenta é implacable, cuanto que era generalmente justa y bien fundada. El obispo de Orvietto le seguia con el anciano Esteban Colonna.

Ya os lo he dicho, señor, abogais en vano. Roma no conoce distincion de rangos ante la justicia: la ley es ciega para el agente, tiene ojos de lince para el hecho.

—No obstante, dijo Raimundo vacilando un poco; piensa, tribuno, que es sobrino de dos cardenales, y que ha sido senador el hombre de quien se trata.

Rienzi se paró de repente, y volviéndose á sus compañeros: «Señor obispo, dijo: ¿no haceis por ventura el crimen menos excusable alegando la categoria del que lo ha perpetrado? Escuchad el resumen del hecho. Naufraga en la embocadura del Tiber un barco cargado con las rentas de Provenza, de la reina Juana de Nápoles, por cuya causa celebramos ahora un consejo solemne. Martin de Porto, un noble, como vos decís, dueño de la fortaleza de que toma su nombre, doblemente obligado á socorrer á los infelices naufragos, tanto por su elevado nacimiento como por su proximidad al sitio de la catástrofe, cae sobre el barco con su tropa, una tropa armada, que ya constituye rebelion por sí sola, y roba á ese barco como un salteador de caminos. Se le prende, se le hace comparecer ante el tribunal: se le sigue proceso por los trámites legales; es condenado á muerte. Esa es la ley. ¿Qué mas pedis?

—Perdon, dijo el anciano Colonna.

Rienzi cruzó los brazos y sonrió desdeñosamente.

—Nunca oi al señor de Colonna solicitar perdon cuando un desdichado hombre del pueblo robaba pan para darlo á sus hambrientos hijos.

—Entre un hombre del pueblo y un príncipe establezco yo mucha distincion. tribuno: la noble sangre de un Orsini no debe ser derramada como la de un oscuro plebeyo.

—Segun recuerdo, dijo Rienzi en voz baja, no hicisteis gran caso, cuando mi joven hermano cayó á tierra herido por la lanza de vuestro orgulloso hijo. No disperteis tan fatal memoria: os lo advierto; dejadla que duerma en el fondo de mi alma. ¡Baldon para vos, Esteban Colonna! Tan próximo al sepulcro, donde los gusanos nivelan todas las carnes, predicais con vuestras venerables canas una distincion entre un hombre y otro hombre tan contraria á la caridad. ¿No hay aun bastante distincion para los mas poderosos? ¿No están vestidos de púrpura y los otros de harapos? Los primeros ¿no tienen holganza, dulzuras de la vida, y los otros pena y trabajo? ¿No están los unos henchidos de manjares delicados, mientras los otros se mueren de hambre? ¿He intentado yo nivelar neciamente graduaciones de categorías, que la sociedad exige como un mal necesario? No; yo no me he inclinado ni de parte de Lázaro, ni de parte del rico avariento; pero ante el juez de la tierra, como ante el juez del cielo, Lázaro y el rico avariento son iguales. Y esto basta.

Esteban Colonna se ajustó su ropaje, se mordió los labios y guardó un silencio altanero. Raimundo interpuso sus buenos oficios.

—Todo eso es verdad, tribuno. Mas bien sabeis, dijo aparte á Rienzi, que debemos ser políticos al par que justos. ¡El sobrino de dos cardenales! ¡Cuánta enemistad no produciria esto en la corte de Aviñon!

—No deis tortura á vuestro ingenio con este motivo, venerable Raimundo: yo seré el único responsable ante el pontífice. Mientras hablaban de este modo tañian las campanas en fúnebres clamores.

Colonna se estremeció al percibir aquel funeral sonido.

«Gran tribuno, dijo con un leve movimiento de menospreciadora burla en sus labios, dignate hacer alto antes de que sea ya tarde. Creo no haberos dirigido todavía ni una sola súplica; ahora os pido con instancia que perdoneis á mi enemigo. Esteban Colonna ruega á Rienzi que perdone la vida á un Orsini.

—Ya oigo tu diestra insinuacion, anciano, dijo Rienzi con sosiego; me conmueve; sois enemigo de un Orsini, y abogais en su favor: es generosidad; mas lo que yo descubro es que sois mas amigo de la enemiga del hombre. No podeis soportar que un personaje tan alto, por rival vuestro, termine sus dias con la muerte de los ladrones. Ad indulgencia; mas no participo de ella. Aun mas; si fuera ese el solo el único acto de violencia consumado por ese baron bandido, acaso no seria vuestros ruegos; pero harto conocida es su vida entera. ¿No ha sido primera juventud vergüenza y terror de Roma? ¿Cuántas mujeres y cuántos mercaderes despojados, cuántos hombres atravesados á puñal: luz del dia no se alzan de sus tumbas para dar testimonio contra el reo se atreve un príncipe de edad tan venerable, un vicario del Papa á perdon para hombre semejante! Mas con todo, quiero probaros mi buena prometo tener misericordia en vuestro nombre del primer infeliz condenado á muerte.

Raimundo volvió á hablar aparte á Rienzi, mientras Colonna se esforzaba en contener su rabia.

—Amigo mio, dijo el obispo, los nobles mirarán este acto como un hecho á toda su clase; y prueba de esto son las súplicas que en su favor el mayor enemigo de los Orsini. La sangre de Martino di Porto se reconciliacion mútua y se unirán en vuestro daño.

—Sea en buen hora; con Dios y el pueblo me atreveré á ser justo romano. Ya ha terminado el tañido de la campana, y de consiguiente son vuestras súplicas.

Al hablar así Rienzi abrió uno de los balcones: al lado de la escalera se elevaba una horca, que el palpitante cuerpo de Martino di Porto, vestido sus ropas de patricio, hacia crugir balanceándose en el aire.

—Veis, dijo el tribuno con austera gravedad, así mueren todos los traidores les reserva el mismo código: el tajo y la cuchilla.

Raimundo retrocedió palido de espanto: no así el veterano de la Asomaban á su pupila lágrimas, hijas del orgullo ofendido: se acercó á Raimundo apoyado en su baston le dió á Rienzi una palmada en el hombro, diciendo:

—Tribuno, sin traicion, vivirá un juez para envidiar la suerte de su

Volvióse Rienzi, y lanzó al baron una mirada no menos altanera que

—Disimulamos las vanas palabras de los viejos. ¿Teneis algo mas que Desearia estar solo.

—Dame tu brazo Raimundo, dijo Esteban. Tribuno, adios, olvidadme llegado á implorar el jefe de los Colonnas; cosa, en mi entender, fac pues un sabio como tú olvida pronto lo que otro recordaria siempre.

—¿Y qué es eso, señor Colonna? esplicáos.

—El nacimiento, tribuno: nada mas que el nacimiento.

Veo que el señor Colonna ha adoptado mi antiguo oficio: se va aficionado á los epigramas, dijo Rienzi con frio y sosegado tono.

Y siguiendo con la vista á Raimundo y á Esteban hasta que la puerta se cerró tras ellos, murmuró á solas: Insolente! A no ser por Adriano no te saldras con esa canosa barba. ¡El nacimiento! Y si se hallase en mi lugar se vanagloriaría de ser nieto de un emperador. Viejo, preciso es vigilarte, porque tu alma tiene ideas peligrosas.

Entonces se dirigió caviloso hácia el balcon; sus ojos cayeron sobre el repugnante aparato de la muerte. Reunido el pueblo en la plaza se regocijaba con esos clamores salvajes que señalan el triunfo de una muchedumbre grosera sobre un enemigo en derrota. Desde el punto donde Rienzi se encontraba oyó gritar: *Viva el tribuno, el juez integro, el restaurador de Roma!* Pero al mismo tiempo otras ideas le hacian sordo al entusiasmo popular.

¡Pobre hermano mio! exclamaba con las lágrimas en los ojos; un crimen semejante al que le ha llevado al patibulo fué el que causó tu muerte. ¡Y los que no tuvieron compasion del infeliz cordero han venido á implorar misericordia para el hambriento lobo! ¡Ah, si ahora vivieras, cómo se inclinaría delante de tí esas orgullosas cabezas, que no consagraron una sola idea á tu fin funesto! Dios conceda reposo á tu alma dulce y pura, y permita que tu ambicion se mantenga tan recta y tan laudable como lo era cuando caminabas juntos á la amarillenta luz del crepúsculo de la tarde.

Cerró el tribuno el balcon, dirigiéndose en seguida al aposento de su hijo. Cuando esta oyó el ruido de sus pasos se puso en pie, brillantes sus ojos, su seno, y cuando hubo llegado le tendió sus brazos, y reclinando la cabeza sobre sus hombros, murmuró con dulce acento:

—¿Cuántas horas han transcurrido sin verte?

Era singular ver aquella muger tan orgullosa de su hermosura, de su belleza, de sus nuevos honores; aquella muger cuya vanidad fastuosa era motivo de murmuraciones en Roma, y objeto de censura hácia el tribuno, transformada de repente en su presencia. Fimida, sonrojada, todo su orgullo personal se esfumó en el amor que se gloriaba de profesar á Rienzi. Ninguna muger ha conocido la vehemencia del amor si no ha reverenciado al hombre que se le inspira; se ha humillado con delicia ante la superioridad de aquel objeto de su culto y de su culto.

(Continuará).

O TAÏTI.

LA REINA POMARÉ.—LAS MUJERES DE TAÏTI Y DE LAS ISLAS MARQUESAS.

Hé aquí algunas otras particularidades sobre esta isla dignas de mencionarse: Para conformarse con la ortografía indígena, *Taïti* y *Papëiti*, se deben escribir *Tahiti*, *Papaete*.

En Tahiti los naturales llaman *farani* á un francés, los franceses en plural y al pueblo francés; á los ingleses *britaniamentiti*; á los americanos, y á los españoles *poñola*.

En las islas Marquesas los franceses son llamados también *farani*; los salvajes cuando hacen burla de los franceses, los llaman *ma-ka-ni-ni*, queriendo sin duda remedar lo que dicen tan amenudo los franceses *ma foi, oui!*

Cuando para responder á una pregunta quieren contestar que sí aquellos salvajes dicen *é* (sí); pero esta afirmativa es menos espresiva entre ellos que el gesto con que la acompañan; de suerte que para contestar afirmativamente levantan un poco la cara, abren los ojos y los fijan en el cielo. Por lo regular acostumbran á contestar por gestos sin abrir la boca; porque el hablar es demasiado para unos hombres que adoran la pereza sobre todas las cosas, y que con tal de no incomodarse se privarían de todos los placeres. Por lo tanto: cuando á una pregunta nuestra el salvaje levante los ojos al cielo, ya sabéis que han dicho que sí, lo mismo que si un europeo bajase la cabeza para contestaros.

Es de notar que con la vocal *é* contestan que sí lo mismo los salvajes de la Océania que los pueblos del Oriente.

Para decir en su lengua Nou-hiviano ó natural de Non-Hive se dice: *aoré*, y para decir Tahitiano se dice *aita*; pero estas dos palabras van acompañadas de sus correspondientes visajes, adentando la barbilla y os enseñan la lengua.

Para decir *buenos días* ó *buenas tardes* dicen en Non-Hive *kava*, y en Tahiti *jorana*. En uno y otro archipiélago se pronuncian sin hacer gestos. Si el salvaje que os saludé está cerca os dará la mano lo mismo que los europeos.

Cuando un natural de Tahiti ó de las islas Marquesas quiere llamar la atención de alguno que está de espaldas ó que está lejos, grita varias veces en falsete: *Vi! Vi!*

Para manifestar desprecio u horror, el Non-hiviano dice *Tché!* el tahitiano *hé!* recalcando la palabra mucho. Sus labios toman la misma espresion que los nuestros para espresar al desden y el asco. Para espresar asombro sacan de lo hondo del pecho la exclamacion *hé!* y la dicen con una fisonomia de tonto que no deja nada que desear. Al pronunciarlo, su mirada se fija, su boca está abierta, nosotros espresamos el asombro inclinando los hombros atrás; ellos se echan para adelante, dejan caer los brazos y alargan el cuello.

Para abrazarse no se echan los brazos ambos abrazantes, digámoslo así, se refrotan, uno con otro sus narices, dando resoplido.

El tahitiano es simulado y embustero; el Nou-hiviano es franco, y si miente basta advertírselo para que declare la verdad.

Cuando un salvaje está ebrio, es muy comun el que su mujer le pegue, y él se está quieto y llora, sin recordarle nada despues á la mujer ni reñirle.

Son supersticiosos, tienen mucho miedo á los duendes y aparecidos, y en anocheciendo tiembran de alejarse de sus casas, aun cuando vayan muchos juntos. En cambio duermen materialmente como unos leños; los extranjeros que residen en Tahiti hace mucho tiempo, cuentan sobre este punto cosas muy particulares por cierto estilo, en tal manera que los padres para defender sus hijas en lo profundo del sueño que las entorpece tienen cuidado de hacerlas dormir en medio de ellos.

REVISTA DE TEATROS.

TEATRO DEL PRINCIPE.

La noche del jueves ha tenido lugar en este teatro el beneficio de la primera actriz Doña Matilde Diez, ejecutándose por primera vez la comedia en cuatro actos debida á la pluma de D. Tomas Rodriguez Rubi, cuyo título es *La segunda parte de la Rueda de la Fortuna*. En ella ha desplegado su autor todas las dotes de su grande ingenio, completando de esta manera los triunfos que adquiriera en la ejecucion de su primera parte. Distinguese esta produccion por los grandes pensamientos que en ella se encuentran esparcidos, por la ligereza del Diálogo, por el buen corte de todas las escenas, por la fluidez y armonía de su vertificacion y por lo perfectamente bosquejados y bien comprendidos caracteres. La última obra del Sr. Rubi merece sin duda alguna el dictado de verdadera comedia política tal como nosotros comprendemos que debe ser.

Nos contentamos por hoy con manifestar á nuestros lectores que la *segunda parte de la Rueda de la Fortuna*, llena que la primera las justas exigencias del público de esta capital, que cada dia comprende mas y mas el S. Rubi.

Asi lo ha demostrado la numerosa concurrencia que acudió era noche de la representacion, si bien tenemos el sentimiento de manifestar que no ha recibido la ejecucion todo el buen tono y brillante colorido que con tanta profusion ha repartido el Sr. Rubi en su magnífico cuadro. En cambio ha estado lujosamente vestida y con mucha propiedad por todos los actores, distinguiéndose alguno que otro en la creacion de su papel.

Pareció sin duda al público, que el reparto de la comedia no estaba hecho como debiera, y hubo de tener muy fijo en la memoria al insigne actor don Antonio Guzman, pues no bien se hubo presentado en las tablas para la ejecucion del sainete, cuando los unánimes y repetidos aplausos que duraron algunos minutos, vinieron á demostrar las simpatias con que cuenta este actor en el público de la capital. Premio y castigo eran á la vez estos aplausos, que dados con tanta profusion al que nada habia hecho, se habian negado poco antes, al que debiera haberlo hecho todo.

El público como siempre, estuvo justo en esa noche. Llamó á la

escena al autor, y en ella se presentó despues de un gran rato acompañado del señor Latorre. Se le hicieron recoger dos coronas que cayeron á sus pies, y habiendo pedido con instancia que se presentara la Matilde Diez, el señor Rubi la condujo de la mano regalándola las dos coronas.

El sainete de las *Preciosas Ridiculas*, hizo reir sobre manera por la estravagancia con que se presentaron vestidas la Matilde Diez, y la Teodora Lamadrid.

VARIEDADES.

Cada vez es mayor en España, y en Madrid sobre todo, el movimiento literario; todos los dias vemos el prospecto ó el anuncio de nuevas publicaciones, y tenemos que celebrar la aparicion de alguna obra notable en los diferentes ramos del saber humano. La belleza tipográfica, los grabados en madera ó en cobre progresan al mismo tiempo, pudiendo figurar dignamente algunas de nuestras ediciones al lado de las extranjeras. Señalemos dos de las que por diversas causas merecen fijar la atencion.

Una es la *Vida de Cabrera*, redactada por don Buenaventura de Córdoba, con presencia de los datos históricos, noticias y documentos oficiales publicados hasta ahora y de los inéditos que conserva y ha facilitado el caudillo que fué del ejército carlista.

—Grande como Neron y como Atila, célebre por su existencia aventurera por su valor y por sus crueldades, Cabrera merecia que se consignase en un libro los principales hechos con que ha asombrado y horrorizado al mundo. A nadie mejor podia haber fiado semejante empresa que al señor Córdoba, que se muestra hábil cronista, historiador imparcial y desapasionado. De esa manera es como concebimos nosotros la caision del biógrafo; de esa manera es como juzgamos que su trabajo puede ser útil á la posteridad. Además, el estilo es siempre adecuado á los sucesos que se narran, y nichoca por su humildad, ni por su afectacion resalta. —Las confticiones materiales de esta publicacion ne pueden ser mejores, asi los grabados en cobre, como el papel y la impresion que se hace en la acreditada oficina del señor Aguado. —Hasta ahora, solo ha salido el primer tomo de la obra: cuando se halle concluida hablaremos con mas estension de ella.

Igual interes ofrece la *Historia de Zumalacárregui* que escribe don Francisco de Paula Madrazo, con presencia asimismo de documentos originales que le ha proporcionado el hermano de aquel gefe rebelde. Pero ¡que contraste tan grande presenta este con el del Maestrazgo! El uno es el tipo del valor salvaje é indomable: el otro del guerrero osado é inteligente; Cabrera se distingue por sus atrocidades y por sus crímenes; Zumalacárregui por su pericia, por su genio militar!

Apenas van publicadas tres entregas de la historia del señor Madrazo, y ya ha merecido que se comience á traducir en Francia, adornada con los mismo grabados que la acompañan aqui. Esta es una honra muy señalada asi para el jóven escritor como para nuestros artistas, y sobre todo en un pais que cuenta tantos y tan eminentes. —Mas adelante nos ocuparemos tambien con mayor detenimiento de este apreciable ensayo histórico, en el cual demuestra el señor Madrazo relevantes disposiciones.

VIDA DE RANCE,

POR

EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

Esta obra, que acaba de dar á luz el célebre autor del *Genio del Cristianismo* y los *Mártires*, ha causado una gran lisima sensacion en Francia y aun en toda Europa: de voz de Chateaubriand no podra menos de despertar un eco en todos los corazones y en todas las inteligencias. Confiamos que lo mismo sucederá en España, y que no pasará inapercibida entre la infinidad de producciones vulgares de que estamos inundados esta vida de un grande hombre, escrita por otro grande hombre.

El editor ha confiado la traduccion de esta obra á don Eugenio de Ochoa.

Consta de un tomo en 8° de cerca 200 paginas y el retrato de Mr. Chateaubriand. Se halla de venta en la librería de su editor don Ignacio Boix, calle de Carretas, número 8, á 10 rs. rústica.

TEATROS.

DEL PRINCIPE.

A las siete de la noche: 1.º Sinfonia. 2.º Se pondrá en escena la comedia nueva, original, en cuatro actos, y en verso, titulad ; **SEGUNDA PARTE DE LA RUEDA DE LA FORTUNA**. 3.º LA POLKA, bailada por parejas de niños. 4.º El muy divertido sainete, titulado las **PRECIOSAS RIDICULAS**. 5.º Terminará el espectáculo con la *sinfonia bailable del maestro Mercadante*.

DEL CIRCO.

Funcion para el lunes trece á beneficio de la orquesta, se ejecutará una variada funcion. en ta que tomarán parte los principales actores de las compañías de ópera, baile y verso.

DE VARIEDADES.

A las siete de la noche la comedia en tres actos, titulada: **MAS VALE LLEGAR A TIEMPO QUE RONDAR UN AÑO**. Intermedio de baile, y sainete.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRENTA DE BOIX, calle de Carretas, número 8.